

DE LA HISTORIA COLONIAL A LA HISTORIA NACIONAL

Por

ENRIQUE DE GANDÍA

La leyenda negra creada por Antonio Pérez en contra de Felipe II revivió, con las fantasías de Las Casas, en la guerra civil de la independencia. El resultado de esta repetición fue una identificación o unión del absolutismo de comienzos del siglo XIX con el supuesto absolutismo de Felipe II y Carlos V. Los dos absolutismos, supuestos o verdaderos, se unieron como si no hubiera habido ninguna interrupción entre ellos y encerraron en un marco de negrura a la colonia. El período de tres siglos en que España colonizó un mundo, civilizándolo y elevándolo a la altura de la más culta Europa, fue presentado como un período de tinieblas y de crueldades. Este ennegrecimiento de la colonia, esta infamación de uno de los períodos más ricos en continuo progreso de la historia humana —en ningún tiempo ningún país ha llevado tanta cultura a ninguna tierra como España a América— coincidió con otro concepto que entonces empezaba a ponerse de moda y aún hoy es el lugar común de muchos profesores: la denigración de la Edad Media. El odio de los protestantes a la Iglesia Católica y de los positivistas que lo continúan, hizo ver la Edad Media como un período de obscuridad y de atraso continuo. Hoy ningún historiador medianamente informado ignora que la llamada Edad Media es una de las épocas de mayores luces de la historia de la humanidad. La teología, la filosofía, la poesía, el arte, los viajes por el Oriente, el Africa y Europa e innumerables concepciones alcanzaron límites difícilmente superables y que sirvieron de base o, mejor dicho, representaron todo el esplendor de los tiempos modernos. Pues bien: en la lucha contra el

absolutismo de españoles y de no pocos criollos, los liberales acudieron, sin darse cuenta de sus monstruosos errores, a los argumentos de protestantes y de anticatólicos en general, identificaron la colonia con la Edad Media y crearon una segunda leyenda negra con los residuos de la que habían inventado Antonio Pérez y Las Casas. La amalgama Edad Media, colonia, perezismo, lascasianismo e indigenismo se hizo una sola cosa: anti España y los ataques e insultos a la Madre Patria ya no se regatearon.

La lucha civil de carácter político tornóse pronto, en muchas partes de América, una guerra de clases. En México los indios eran lanzados contra los españoles con el recuerdo constante de que sus antepasados habían sido tratados, durante trescientos años, como bestias. La historia no encuentra documentos que lo prueben; pero no importa. En Venezuela los señores españoles eran azotados por las peladeras, mestizas o negras que creían vengar las afrentas que habían recibido sus antepasados. En Buenos Aires y provincias del virreinato, levantadas, todas, al grito de fidelidad a Fernando VII, las venganzas no fueron tan bárbaras; pero los españoles sufrieron persecuciones de carácter económico que los dejaron en la ruina. En el Perú se les sometió a exacciones que asombraron hasta a Lord Cochrane, etcétera. Para justificar los ataques políticos se revivían supuestas culpas de los conquistadores. La colonia había sido el atraso, los criollos habían sufrido todo género de ultrajes y “degradados a la especie de insectos reptiles”. Esto lo decía, en México, el cura Hidalgo. Un gran enemigo de la Iglesia Católica, Esteban Echeverría, en el Río de la Plata, presentaba a España como causa de todos los males que habían heredado los argentinos. “La España nos dejó por herencia la rutina —decía— ... La España nos enseñaba a ser obedientes y supersticiosos... La España nos educaba para vasallos y colonos... Una legislación semi-bárbara, dictada en tiempos tenebrosos por el capricho o la voluntad de un hombre, para escudar los intereses y el predominio de ciertas clases...”. Esto se lee en una de las *Palabras Simbólicas*. Y otros conceptos semejantes aparecen a lo largo de sus poesías y de sus inspi-rados eseritos. Los rencores, la antihistoria, se acumulaban en la lucha de ideas. Surgía una erudición falsa, de polemistas sin razón, que

combatían con calumnias. La política del descrédito de todo lo español se extendía de los discursos callejeros a los versos para damas y salones y a la enseñanza en las escuelas. La educación de la juventud se llenaba de veneno. En toda América ocurría lo mismo: España había sido un monstruo que había tiranizado y explotado, durante tres siglos, a los pobres indios, les había sacado su oro, había violado sus vírgenes, había destruido sus ciudades. Nada de bueno había hecho. Por ello debía pagar sus culpas, devolver lo que había robado. Y se robaba, sin escrúpulos, como un acto de tardía justicia, con ficciones de préstamos voluntarios o patrióticos o de urgencia, a reintegrar un día que no llegaba nunca. Al mismo tiempo se forjaba la historia nacional. Los himnos de cada nación cantaban las victorias sobre los españoles en la guerra civil que ya recibía otro nombre: el de Revolución. Lo que nunca había sido una revolución en contra de España se presentaba como una rebelión de los indios y de los criollos en contra de los usurpadores, de los amos viejos, a quienes se había echado del país. La palabra revolución tenía su historia en los hechos y en los conceptos de España y de América. La única revolución de comienzos del siglo XIX, en la historia hispanoamericana, había sido la del 2 de Mayo de 1808, en Madrid, en contra de Napoleón; pero esta revolución, origen de la verdadera independencia de España respecto a Francia, y de América, más tarde, respecto a España, era olvidada —y sigue siéndolo en los manuales modernos—. Como la palabra aparecía en no pocos documentos, se suponía que se refería a una revolución en contra de España y, para darle mayor gloria, se la presentaba como una continuación o reproducción de la Revolución francesa de 1789. La comprobación, por otra parte, de que algunos próceres habían leído a Voltaire o a Rousseau confirmaba en esta supuesta prolongación o imitación de la Revolución francesa. Los eruditos de entonces, como muchos de hoy en día, no sabían distinguir entre enciclopedismo y Revolución francesa. Mezclaban ambas cosas, identificaban a los enciclopedistas con la Revolución y hablaban de influencias de la Revolución cuando sólo se trataba de influencias enciclopedistas.

Algo semejante sucedió con la palabra y el concepto de independencia. En incontables documentos españoles se habla de independen-

ca. Se trataba, como es elemental, de la independencia de España frente a Francia y a Napoleón. Lo mismo ocurría en los documentos americanos. En otras oportunidades, los documentos americanos usan la palabra independencia para designar la de ciertas ciudades, que se gobernaban por medio de Juntas o gobiernos locales frente al Consejo de Regencia o las Cortes. Antes de las declaraciones oficiales de independencia de cada país, esta palabra no indicaba otra cosa que autogobierno dentro de la fidelidad más estricta a Fernando VII; pero los historiadores del Nuevo Mundo, de los primeros años de la independencia, todas las veces que leían la palabra independencia imaginaban, inmediatamente, que quienes la habían escrito pensaban constituir nuevas y pujantes naciones. La conciencia de que la idea de separarse de España había surgido mucho antes de lo que fue en realidad tomaba, de este modo, cada vez mayor consistencia. Tan fuerte es este concepto que aún hoy en día historiadores eminentes de muchas naciones americanas están convencidos que hubo sociedades secretas, masónicas y no masónicas, que proyectaron la independencia desde mediados del siglo XVIII y que los próceres de 1810 cuando juraron fidelidad a Fernando VII lo hicieron por "razones de Estado", con "disimulo" o con una "máscara" monárquica, porque Inglaterra había aconsejado "esperar" y otras candideces. El poder de sugestión que tiene este odio a lo hispánico es tan grande que, en la actualidad, aún hay hijos de españoles que siguen echando en cara a sus padres el haber venido a América a quitarles "sus" riquezas. Los indios fueron endiosados desde los primeros años de lucha contra el Consejo de Regencia, cuando se quiso exponer un símbolo de lo americano, de lo tiranizado por los españoles de la conquista, cuyos sucesores eran los absolutistas de los primeros años del siglo XIX. Es así como indios y criollos, desde México hasta Buenos Aires y Montevideo, fueron exhibidos en fiestas y alegorías, en representaciones teatrales y escolares que hacían indignar a los espectadores en contra de esos trianos que tres siglos antes o durante tres siglos seguidos, habían explotado a esos infelices en las minas y en las mitas, siempre para sacarles el "oro". Por ello, en actos sublimes de reparación histórica, se pensó coronar a Incas y hasta formar un Congreso de sabios indígenas —delirio de Miranda—;

pero, por desgracia o por fortuna, nadie pudo encontrar a los personajes del ensueño garcilaciano. La conciencia nacional, con un profundo amor a un indigenismo imaginario y un absurdo odio a lo hispánico, que sólo había traído civilización, religión y riqueza, estaba formada. Pocos advertían lo que descubren los modernos historiadores de las ideas: que ese amor y ese odio no eran más que amor a la libertad y odio al absolutismo. Como ocurre tantas veces en la vida, los pueblos ya no sabían qué amaban ni qué odiaban.

En esta gran lucha política, la religión fue prontamente complicada. Cada bando vio al contrario como un conjunto de ateos o herejes. El hecho es fácil aclararlo.

Los defensores de las Juntas o gobiernos autónomos explicaban la razón de su actitud inconciliable con el Consejo de Regencia en que éste era sospechoso de francesismo y, por tanto, de todas las herejías que habían surgido en la Revolución francesa. Ser partidario del Consejo o de un gobierno peninsular equivalía, para los juntistas, a ser simpatizante de Napoleón, que tan mal se comportaba con el Papa. El temor de ser entregados a los franceses corría por el pueblo. Ya Marius André, hace años, advirtió que los llamados revolucionarios mexicanos seguían a sus cabecillas curas porque les decían que los españoles eran herejes, partidarios de Napoleón, que todos serían franceses si no luchaban contra ellos y que la religión corría un inmenso peligro. Hidalgo fue el sacerdote que más acusó a los españoles de ser ateos y querer entregar todo México a los ateos franceses. Los españoles, según los americanos temerosos de que su religión se contaminara, nunca habían sido buenos católicos porque, de lo contrario, no habrían tiranizado tanto a los indígenas. La leyenda negra de Las Casas se unía a la nueva leyenda del anticatolicismo hispano; pero, gracias a esta doble leyenda, los españoles eran perseguidos y los triunfos americanos se repetían.

Durante la colonia no habían faltado los choques de sacerdotes criollos con sacerdotes españoles por cargos más o menos rentados y, también, por muchas otras causas. Estos antecedentes muy poca relación tienen con los temores que surgieron en la guerra civil de 1808 en adelante. Peleas de curas y frailes las hubo a montones en toda

América y en cualquier siglo. Rivalidades de distintas órdenes religiosas, cuestiones personales, tomismo y suarismo frente a frente, etcétera. En la guerra civil los partidarios de los gobiernos locales acusan a los peninsulares de ateísmo y francesismo, y los peninsulares acusan, a su vez, a los americanos, de masonismo, de enciclopedismo, de ateísmo y de jansenismo. No se trata, como muchas veces se ha dicho, exclusivamente de una división del alto clero y del bajo clero. Los obispos, en su mayor parte, estuvieron del lado peninsular por una doble razón harto comprensible. Sus nombramientos habían emanado de las autoridades peninsulares y de Roma. Era lógico que siguieran obedeciendo a un gobierno peninsular y esperaran instrucciones del Papa. Roma aconsejaba paz y, en ningún momento, obediencia a los partidarios de los gobiernos americanos. Sabido es que, más tarde, dio instrucciones a los obispos para que trabajasen en favor del Rey de España. El bajo clero, en cambio, no tenía compromisos. Por ello estuvo dividido. No puede decirse que todo el bajo clero acompañó a los llamados revolucionarios. Una parte siguió fiel al sentir de los obispos, nunca dudó del catolicismo peninsular, comprendió cuán absurdas eran las acusaciones de herejía que se lanzaban contra los españoles y esperó el fin de la lucha. La otra parte del clero, la más entusiasta en contra del francesismo, se declaró a favor de los partidarios de las Juntas, no por amor a una independencia de una nueva nación, en cuya formación nadie soñaba, ni por odio a España, sino por todo lo contrario: por adhesión ferviente a Fernando VII, por amor a esa España que se suponía víctima de Napoleón y por defensa ciega de la religión, que se suponía amenazada por traidores y ateos españoles vendidos a los franceses. Esta indiscutible verdad ha sido desconocida o tergiversada por historiadores que, sin mayor examen, han creído “revolucionarios” a sacerdotes partidarios de las Juntas cuyo único ideal fue la defensa de Fernando y de una religión imaginariamente en peligro. Otros sacerdotes, empeñados en romper los lazos con que el catolicismo unía a españoles y a americanos, o sea, a partidarios de un gobierno peninsular y a defensores de gobiernos locales, recurrieron, como el Padre Mier, a un procedimiento erudito sólo útil para ser discutido —y refutado— en academias. Mier sostuvo que los españoles

no habían traído el catolicismo a las tierras americanas. Nada se les debía porque, siglos antes, había evangelizado a los indios nada menos que Santo Tomás apóstol. Esta leyenda fue prontamente deshecha. Por otra parte, el cura Morelos aseguraba a los mexicanos que la Virgen de Guadalupe los llevaría a la victoria contra los herejes peninsulares. En toda América, las Vírgenes y los santos ayudaban a uno y otro bando. Los jefes americanos buscaban Vírgenes para poner al frente de sus ejércitos, les entregaban bastones de mando y nombraban generalas. Muchos de esos jefes eran deístas y masones; pero cuidaban muy bien de no hacerlo saber a las tropas convencidas que sus contrarios eran enemigos del catolicismo. En México, los gachupines, o sea españoles, eran también llamados judíos. El cura Hidalgo hacía correr la voz que la Virgen le hablaba varias veces al día. En la Argentina, años más tarde, otro general llevaba en la guerra una bandera negra con una calavera y dos huesos y la inscripción "Religión o muerte"; pero no se atrevía a decir que la Virgen le hablaba al oído. Sólo hacía creer que su caballo le contaba todo lo que pasaba en el ejército.

Los partidarios de los gobiernos locales, a su vez, recibieron la acusación de ateos y anticatólicos. En realidad lo eran, pues la mayoría de los defensores de los derechos naturales del hombre había leído a Santo Tomás y a Rousseau. Eran liberales, tibios en religión, como San Martín, que se burlaba de la Iglesia y a quien Belgrano aconsejaba que se mostrase más católico con sus tropas. En la expedición al alto Perú, Castelli causó pésima impresión con los escándalos que permitía a sus soldados, acompañados por innumerables mujeres, y por su indiferencia religiosa. Monteagudo hizo inscribir en un cementerio la frase famosa de Robespierre: "La muerte es un sueño largo". El pueblo los corrió a todos llamándolos ateos, herejes, etcétera. El general Tomás de Iriarte describió la lucha sorda, secreta, que existía entre los tribunales de la Inquisición y las logias masónicas. Muchos sacerdotes defendían el derecho de los nuevos gobiernos para intervenir en cuestiones religiosas. Eran jansenistas. Hoy, católicos inocentes les quieren levantar monumentos como a autores de la independencia.

Un nuevo destino histórico se abría ante el pueblo americano.

Unos hombres se sentían más católicos que los viejos españoles y defendían la autonomía de estas tierras para que no cayesen en poder de los ateos franceses. Otros hombres eran jansenistas inconscientes por razones políticas, Belgrano, excelente católico, estuvo rozando el jansenismo. El Dean Estanislao de Zavaleta también lo fue. Y no faltaban los auténticos masones, como San Martín, Juan Martín de Pueyrredón, Zapiola, Iriarte y tantísimos otros. Por último actuaban los semiateos y declarados anticatólicos. Todos eran partidarios ciegos de los gobiernos locales. De improviso se habían formado dos categorías de americanos que defendían, por conveniencia política o auténtica fe, la religión católica. Y entre ellos estaban los filósofos, lectores aficionados de Montesquieu, de Voltaire, de Bayle, de Erasmo y, sobre todo, de Rousseau. Estos lectores eran contados a fines del siglo XVIII; pero los ataques de los católicos peninsulares, que los llamaban herejes, los llevaron, realmente, a ser devotos de los enciclopedistas. La influencia de la Enciclopedia fue insignificante en América, antes de 1810, pero, después de esta fecha, la guerra civil con todas sus contingencias políticas, hizo que sus actores buscaran soluciones en los filósofos más renombrados. En cuanto a la Revolución francesa es notorio que causó horror en toda América y fue detestada. En Buenos Aires, don Martín de Alzaga, por haber esclarecido, con un par de tormentos muy leves, una supuesta conspiración de negros y franceses, que luego resultaron italianos, recibió el nombre despectivo de Robespierre. Salvo las noticias que difundían impresos y cartas, de la Revolución de 1789, nada más penetró de ella en el Río de la Plata. Fue después de 1810 cuando se copia el gobierno de los tres cónsules establecidos en Francia en 1799, de acuerdo con la Constitución del año VIII, y surgen los llamados Triunviratos; pero hay que aclarar que esos denominados triunviratos nunca imaginaron que, con el tiempo, recibirían ese nombre. Su denominación era la de Junta Ejecutiva, o sea, el viejo nombre español de las Juntas de 1808. En el Paraguay el dictador Francia tomó el nombre de Cónsul, como el Cónsul perpetuo de París, imitó su traje y conservó en su escritorio, como si fuera un retrato perfecto, una vulgar caricatura de Napoleón.

Los enemigos de los gobiernos autónomos americanos pensaron que

ese deseo que tenía el pueblo de gobernarse a sí mismo no podía haberse improvisado, de la noche a la mañana, con las simples noticias llegadas de España y la imitación de las Juntas peninsulares. Supusieron que debía haber causas, conspiraciones, raíces más hondas. Unos piensan en traiciones de militares y de civiles, tanto criollos como españoles, vendidos a los ingleses, masones, anticatólicos, etcétera. Otros hablan de emisarios de otros países o imaginan planes misteriosos de Miranda. Estas fantasías duran todavía hoy entre historiadores aparentemente serios. Sus búsquedas de las causas de lo que ellos llaman revolución en contra de España, disfrazada con la máscara de Fernando VII, los han llevado a curiosas suposiciones. Hay quienes encuentran en las causas económicas el origen del "levantamiento" (no se dan cuenta del carácter de guerra civil) de 1810. Estos son marxistas y comunoides conscientes o inconscientes. Otros atribuyen, especialmente en el Río de la Plata, a las invasiones inglesas el espíritu "militar" de la juventud "revolucionaria" y sus ideas "separatistas". Estos son los anglófilos y extranjerizantes. Otros ven en conspiraciones de criollos, que nunca existieron, el "plan revolucionario" de 1810. Estos son tradicionalistas y repetidores de obras patrioterías publicadas hace más de un siglo. Y, por último, abundan los creyentes en una imitación exacta de la Revolución francesa. Estos son los menos cultos, pues confunden Revolución con enciclopedismo, etcétera.

En un punto estuvieron de acuerdo los actores de la gran guerra civil de 1808 en adelante: en excluir a los pobres indios de toda culpa. Ellos combatían al lado de quienes los arrastraban, lo mismo en uno que en otra bando. Cuando podían se limitaban a contemplar cómo peleaban liberales y absolutistas, cuyas ideas ellos no concebían. Adoraban a la Virgen, con distintos nombres, y a Fernando VII. Otro hecho indiscutible es que, en toda América, la guerra civil produjo un enorme relajamiento de la moral pública. Muertes por causas insignificantes, asesinatos por robo o venganza, aumento del juego, de las mujeres perdidas, etcétera.

El odio a la colonia, que los eruditos e historiadores de comienzos del siglo XIX desconocían totalmente, y el endiosamiento de los emperadores mexicanos e incaicos crearon sus justas reacciones. Mucha

gente se detuvo a reflexionar que el indigenismo era una fantasía y que todos los indios que ellos habían conocido estaban muy degenerados o nunca habían sido mejor de lo que eran. Además, los indios odiaban a los blancos, tanto criollos como españoles, y exigían dádivas continuas para no matarlos, asaltar sus estancias y aún pequeñas ciudades. Al mismo tiempo se fue razonando que la colonia había sido la patria de tantos criollos que luchaban por los gobiernos locales y autónomos. Gobiernos semejantes había habido en otros tiempos. Era una inmensa ingratitud hacia España y hacia los abuelos coloniales hablar mal de ellos, calumniarlos sin pruebas, sólo por lo que habían dicho algunos autores extranjeros y herejes. Libertad y hasta independencia, pero no mentiras. Así se formó una clase de criollos, con una conciencia nacional que amaba la libertad y, al mismo tiempo, la verdad histórica, frente a otra clase de criollos, sin antecedentes genealógicos dignos de ser destacados, que gustaba calumniar la colonia y enaltecer un prehispanismo fabuloso. Las dos corrientes ideológicas entraban a formar parte de la conciencia nacional americana. Hoy siguen combatiendo, en academias y en revistas, como un eco de aquellos tiempos. Siempre habrá gentes que gustan renegar de su pasado, infamar la cultura que hizo posible la independencia.

Los enemigos de los gobiernos autónomos locales, partidarios del Consejo de Regencia o de un gobierno cualquiera peninsular, estuvieron acertados en sus predicciones. Anunciaron dos hechos que la historia ha confirmado maravillosamente: la continua aniquilación de los indios, al no tener más la protección de las leyes de Indias y las guerras civiles, anarquías y tiranías que sobrevendrían con la independencia. En México y en el Río de la Plata estas profecías fueron muchas y todas resultaron exactas. Un paraguayo de talento, el oidor Pedro Vicente Cañete, hizo un cuadro admirable de lo que sobrevendría en América si no se seguía fieles a la organización virreinal, en mayo de 1810, y todo ocurrió como si ese documento hubiese sido escrito medio siglo "a posteriori". Un triste gobernante, Juan Manuel de Rosas, declaró abiertamente que en tiempos de la colonia el orden era mayor y el bienestar más seguro que en sus propios tiempos. El historiador mexicano Mateo Alemán expresó idénticos conceptos. La libertad es siempre cara.

Lo indudable es que la guerra civil de 1808 en adelante tiene un inmenso valor histórico porque representa el duelo entre el derecho que tiene el pueblo de gobernarse a sí mismo y la autoridad de los mandones que quieren imponer su voluntad. Resultó triunfante la filosofía de los derechos naturales del hombre, creada por Cristo, sistematizada por Santo Tomás, defendida por los filósofos más grandes de la historia humana. Perdió el partido de los absolutistas e ilegalistas. En cambio, si esta auténtica guerra civil es considerada una revolución en contra de España por el mero hecho de ser España, se cae en el vacío histórico más aterrador. La supuesta revolución no tiene antecedentes, le falta la base de la historia, de la justicia que la justifique. Es una revolución que está fuera de la historia de América. Por ello los esfuerzos, todos fracasados, de quienes pretenden justificarla. Es preciso inventarle causas de todo género. Entra en juego la más burda leyenda negra. Hay que acudir al racismo y al materialismo histórico que nada significaron en sus orígenes. Hay que soñar en traiciones, en simulaciones, en "máscaras". Hay que suponer que todos los documentos de todos los archivos de América, sin excepción, son todos falsos o no encierran más que embustes, que todos los actores, de uno y otro bando, de la inmensa guerra civil, fueron todos embusteros y perjuros. Hay que destruir, por mero capricho, un mundo de verdades para levantar sobre él un mundo de suposiciones, de fábulas, de calumnias, porque calumnia, y bien grande, es decir, por ejemplo, que quien juró frente a un crucifijo mintió y fue perjuro sin ninguna confesión de su parte que lo demuestre, o que innumerables escritos con afirmaciones terminantes son todas falsedades sin que sus autores jamás se hayan contradicho o así lo pruebe un solo documento.

Juristas y teólogos tomaron a su cargo la discusión de los derechos que el pueblo tenía para gobernarse a sí mismo, primero, y para independizarse de los Reyes de España, después. Se habló del derecho de conquista, de la prescripción de cualquier derecho indígena, de las cesiones hechas por los monarcas indígenas, del *jus soli* como derecho de autogobierno, etcétera. Pocos polemistas se acordaron de Sarmiento de Gamboa y de las investigaciones hechas por el virrey del Perú, en el siglo XVI, para demostrar lo ilegales que habían sido las conquistas y

el dominio de los incas: verdaderos tiranos de sus territorios. La realidad era que los indios, mestizos y negros no se interesaban por la independencia ni sabían lo que ella significaba y que los blancos o criollos eran descendientes de españoles que aparecían negando lo que ellos o sus antepasados habían creado en las tierras que ocupaban. Denigrar a los padres o abuelos era denigrar su propia sangre. No obstante se hizo para justificar la ruptura con el rey de España. Es preciso aclarar que muy pocas veces se habló en contra de los españoles como personas o como pueblo y que los ataques estuvieron dirigidos, siempre, contra los reyes o gobiernos. Infinitos ataques que los críticos de hoy en día suponen dirigidos contra España o el pueblo español son disminuidas repeticiones de los ataques que en la península se llevaban contra el favorito Manuel Godoy, estruendosamente derrumbado.

Un hecho indiscutible es que la guerra civil que condujo a la independencia no produjo un solo hereje condenado por la Iglesia. En los primeros momentos, curas como Hidalgo y Morelos fueron llamados herejes, impíos, etcétera; pero la verdad es que ellos en ningún instante atacaron dogmas. El ardor de la lucha llevaba a los defensores de los gobiernos peninsulares a sostener que todos los partidarios de gobiernos locales eran herejes; lectores de Voltaire, de Rousseau, de Montesquieu y, por tanto, herejes. Era la respuesta que daban a quienes los acusaban de apóstatas, entregadores de España y América a Napoleón, seguidores de los franceses y sus doctrinas impías, etcétera. Ya dijimos que cada bando acusaba al contrario de plena herejía. Lo cierto es que desde fines del siglo XVIII y, especialmente, desde el 1800, en América se leía tranquilamente a los enciclopedistas y a autores norteamericanos como Benjamín Franklin. Y lo notable es que estas lecturas a menudo se hacían en forma indirecta, a través de transcripciones que aparecían en impresos españoles. Cuando Nariño fue acusado de sostener máximas enciclopedistas demostró, en su proceso, que todo cuanto había dicho y escrito lo había tomado de publicaciones que aparecían nada menos que en Madrid. En Buenos Aires, el *Telégrafo mercantil*, dirigido por el coronel español Francisco Cabello y Mesa, transcribía de gacetas madrileñas artículos de Franklin. Los americanos que citaban a los enciclopedistas no siempre los habían

leído. En cambio, sus enemigos les atribuían una erudición enciclopédica portentosa y los presentaban como tremendos filósofos, conocedores profundos de todas las doctrinas del siglo XVIII. Si alguna vez se aludía a la Revolución no era para hablar de ideas o de sus influencias, sino para aplicar apelativos terribles como los de Marat, Robespierre, etcétera. Ningún enemigo de los partidarios de los gobiernos americanos les atribuyó influencias de la Revolución francesa. La suposición de que esta Revolución tuvo influencia en América es, como dijimos, una confusión de historiadores modernos.

Hay otra gran verdad que es preciso destacar. Los defensores de los gobiernos autónomos, que hablaban de los derechos naturales del hombre, de libertad, del pueblo como fuente del poder, etcétera, no estaban inspirados exclusivamente por Rousseau o por Voltaire. Poquísimos los habían leído o conocían sus ideas a través de citas no siempre fieles. Los principios que ellos sostenían eran los del más vulgar escolasticismo. El fondo, la fuerza que animaba a los partidarios de los gobiernos autónomos en América, provenía de la vieja corriente cristiana y tomista que había inspirado el siglo de Carlos V y de Victoria, las grandes libertades coloniales, y, más tarde, los comuneros paraguayos, los escritos de Benito González de Rivadavia y el sistema de las Juntas en 1808. Eran fuentes españolas y católicas puras que chocaban contra la corriente absolutista, borbónica, extranjerizante que negaba al pueblo todo derecho de autogobierno y pretendía que un Consejo de Regencia, una Junta o unas Cortes peninsulares manejaran todos los titeres del mundo americano. Bien analizadas las ideas de los próceres de la guerra civil y de la independencia hispanoamericana no se encuentra una sola que no tenga una raíz perfectamente católica y tomista. La libertad que ellos defendían, ese "liberalismo", era el bien más preciado que Cristo había dado a su doctrina y que todos los teólogos habían defendido en contra de la predestinación de los calvinistas o la justificación por la fe de los luteranos. El Concilio de Trento, sin que los combatientes del siglo XIX lo imaginasen, había sido la fragua en que se había forjado el liberalismo de los defensores de los derechos del pueblo, de su libertad. Aquellos hombres, que ya comenzaban a llamarse o eran llamados liberales, por defender la

libertad, repetían, sin saberlo unos y sabiéndolo muy bien otros, los principios defendidos en Trento principalmente por los grandes teólogos españoles, jesuitas y dominicos. Esta afirmación, que por primera vez se hace en este género de estudios, ha de indignar a quienes nunca la han oído, ignoran estas investigaciones o tienen por norma calumniar a la Iglesia católica. Por más que desagrade a polemistas con principios comprometidos, el liberalismo de los partidarios de los derechos del pueblo americano y de los gobiernos autónomos, que más tarde fueron a la independencia por la intolerancia, el absolutismo, de Fernando VII, era un liberalismo de origen tomista, escolástico, sistematizado en el Concilio de Trento. No fueron herejes los liberales hispanoamericanos, aunque citasen en sus escritos, muy rara vez, por la moda que entonces cundía en Europa, a Rousseau y a Voltaire. Lo fueron o estuvieron a punto de serlo sus contrarios, los que negaban lo que incontables teólogos siempre habían defendido como una divina verdad: los derechos del pueblo, el pueblo depositario del poder que recibe de Dios y transmite a un gobernante. En efecto: si se analizan desapasionadamente las ideas políticas que sostenían los, llamados campeones de la independencia hispanoamericana se comprueba, a la perfección, que no hay en ellas una sola herejía y que todos sus principios son los expuestos por los escolásticos desde Santo Tomás hasta Francisco Suárez. Moreno, en Buenos Aires, publicó la traducción del *Contrato Social* suprimiendo las páginas en que Rousseau había “desvariado” en religión, porque la doctrina que sustentaba, en el fondo, no era otra que la de presentar al pueblo como fuente del poder, que elige un administrador o gobernante y lo destituye cuando quiere. Alzaga, en 1808, había planeado la independencia del virreinato con el voto de los delegados de todos los Cabildos del interior, o sea, del pueblo. Ruiz Huidobro, español, fue el primero, en el Cabildo abierto del 22 de Mayo de 1810, en dar la fórmula del gobierno del pueblo. Se opuso al voto del Obispo Lue y sostuvo que debía cesar la autoridad del virrey “y reasumirla el Excelentísimo Cabildo como representante del pueblo para ejercerla ínterin forme un gobierno provisorio”. Este voto fue el que triunfó en aquel memorable Cabildo y repitió, entre otros muchos, Cornelio Saavedra cuando dijo,

simplemente, que debía “subrogarse el mando superior que obtenía el excelentísimo Señor Virrey en el excelentísimo Cabildo de esta capital interin se forma la corporación o Junta que debe ejercerlo”. Y si saltamos a México encontramos en un bando del 23 de octubre de 1810, como continuación del grito de Dolores, que se declaraba iguales a todos los americanos, libres a los esclavos y no más distinción de castas. La soberanía popular, defendida por todos los teólogos, era explicada en 1812 por José María Morelos con estas palabras que parecen una repetición de Santo Tomás o de Suárez: “Sabed que la soberanía cuando faltan los reyes sólo reside en la nación: sabed también que toda nación es libre y está autorizada para formar la clase de gobierno que le convenga y no ser esclava de otra”. En 1820 esta concepción, que en la Argentina y en la Universidad altopereana databa de 1808, había llegado a un grado clarísimo: “Si algún soberbio —se decía a los indios—, si algún monstruo quisiere privaros de los derechos de la naturaleza, quisiera despreciar la Soberanía del pueblo e intento oprimiros, la fuerza es vuestra”. Otro populista explicaba que la soberanía “reside esencialmente en la Nación y el principal atributo de ella consiste en ejercer en la tierra las veces de la divina majestad”. Otro defensor de la soberanía del pueblo explicaba que la autoridad de los monarcas, “por más brillante que sean los títulos con que se adornan, tiene su origen en los mismos súbditos sobre quienes la ejercen”. La nueva sociedad se fundaba sobre los más viejos principios escolásticos de la España eterna: los mismos que habían defendido los comuneros paraguayos a comienzos del siglo XVIII y se enseñaban en todas las Universidades coloniales.

ENRIQUE DE GANDIA (Elflein 3567, La Lucila, Buenos Aires). Historiador. Ejerció la docencia y obtuvo diversos premios nacionales de literatura. Tiene publicada una vasta producción bibliográfica sobre temas históricos.

